



Foto: Cecilia Bec.

“EL JARDÍN ENSEÑA PACIENCIA”

La paisajista integra arquitectura y naturaleza desde la etapa de obra, y defiende el uso de especies nativas y un diseño sustentable con identidad propia.

Texto: Alejandra Pintos. Fotos: Mayu Capote.

Hay quienes ven el jardín como un decorado final, un detalle que se piensa cuando todo lo demás ya está resuelto. Lola Capurro, en cambio, lo entiende como parte fundamental de cualquier proyecto arquitectónico, una extensión natural de los espacios habitados que debe pensarse desde el momento en que se colocan los cimientos. Formada en la John Brookes School of Garden Design y en la Escuela

de Jardinería Prof. Julio E. Muñoz, combina técnica, sensibilidad y un profundo compromiso con el paisaje uruguayo.

Su pasión por la naturaleza estuvo marcada por su infancia en Brasil, donde vivió durante diez años y descubrió cómo el verde forma parte esencial de la vida cotidiana. Esa experiencia, sumada a los jardines de sus abuelas y los veranos en Playa Verde, moldeó una mirada que hoy define su trabajo: diseñar con respeto por lo nativo, integrando la





Cantero compuesto por rosas Iceberg y dama de la noche, donde el blanco es protagonista.

Salvias, lavandas e iris violetas, las especies preferidas de Nieves, la dueña de casa.

arquitectura con el entorno natural.

En su estudio, el paisajismo no es un agregado, sino un diálogo constante con la arquitectura. Trabaja desde la etapa de obra junto a estudios arquitectónicos, pensando el terreno, los desniveles, el drenaje y el riego como piezas de un mismo proyecto. Ese nivel de integración marca la diferencia entre un jardín impuesto y uno que pertenece al lugar.

Capurro defiende el uso de especies nativas no solo por su belleza, sino por su capacidad de adaptación y su bajo

consumo de agua. La butiá, el ceibo y el guayabo del país son protagonistas recurrentes en sus diseños, junto a pastizales que reivindica por su valor estético y ecológico. Su trabajo también incluye sistemas de recolección de agua de lluvia y estrategias de diseño que reducen el riego, priorizando la sostenibilidad sin resignar calidad visual.

Entre sus proyectos más significativos se encuentra el rediseño del jardín del Hogar Israelita, donde creó un espacio de encuentro para los residentes con

aromas, pérgolas y caminos accesibles. También destaca la rotonda denominada *Unión, valor y fe en los Andes*, cuyo gran espiral de acero corten se transformó en símbolo del barrio Carrasco, y el proyecto que está desarrollando en Las Piedras, una hectárea rodeada de frutales y viñedos.

Su filosofía es clara: un jardín bien diseñado puede aumentar hasta un 20% el valor de una propiedad, pero su verdadera ganancia es inmaterial. Se trata de crear espacios que mejoran la vida,

que conectan a las personas con la naturaleza y que respetan el equilibrio del entorno. En tiempos de inmediatez, Lola enseña la paciencia que exige un jardín para alcanzar su madurez, un proceso que lleva tres años y que, cuando se cumple, revela todo su encanto.

—¿Cómo definirías la relación entre arquitectura y paisaje?

—En nuestro estudio, el paisajismo está al servicio de la arquitectura. Las líneas de la casa son el punto de partida para



La caminería realizada *in situ*, acompañada por canteros, genera una entrada generosa, verde y envolvente.



La prioridad fue crear una fachada que invite a recorrerla, proponiendo un jardín dinámico.

proyectar el jardín. Aplicamos la “grilla” de John Brookes, que es una herramienta clave para lograr proporción y coherencia entre los espacios construidos y los naturales. Podría decir que la arquitectura enmarca y realza el jardín y, al mismo tiempo, el jardín realza la arquitectura. Trabajamos en sinergia con los estudios arquitectónicos para que el jardín sea una extensión natural de la casa.

—Decís que un jardín alcanza su madurez a los tres años. ¿Cómo lo-

grás que los clientes entiendan este proceso?

—No es sencillo, porque vivimos en una época de resultados rápidos. Pero cuando el jardín cumple tres años, el cliente comprende la magia de ese proceso. Las herbáceas y los canteros dan resultados más inmediatos, mientras que los ejemplares grandes tardan en adquirir su porte. Personalmente disfruto más cuando las plantas llegan chicas y pueden adaptarse desde el inicio a su lugar. Crecen con más fuerza, y el resultado a

largo plazo es superior. El jardín enseña paciencia.

—¿Qué diferencias concretas notás cuando entrás desde la etapa de obra versus cuando el paisajismo se piensa después?

—Entrar desde la etapa de obra es clave. Cuando el paisajismo llega después, muchas decisiones importantes ya fueron tomadas y hay que adaptarse. En cambio, cuando trabajamos junto con el arquitecto desde el comienzo, podemos

pensar el terreno, los desniveles, el drenaje, el riego y la iluminación como parte del proyecto general. El jardín deja de ser un agregado para convertirse en una pieza más de la casa. Esa integración potencia el espacio de una forma completamente diferente.

—¿Qué especies nativas considerarás esenciales en tus proyectos?

—La butiá es una de mis preferidas por su carácter y elegancia, aunque actualmente estamos siendo cautos con el

uso de palmeras por el avance del picudo rojo. El ceibo, nuestra flor nacional, es otro protagonista, y cuando logramos incorporar el ceibo blanco, una variedad rarísima, se vuelve un lujo. También me gusta trabajar con el guayabo del país, que es noble, resistente y muy nuestro.

—El uso responsable del agua es central en paisajismo. ¿Qué estrategias implementás?

—Diseñar con responsabilidad implica planificar el uso del agua desde el inicio. Aprovechamos los desniveles naturales del terreno para favorecer el escurrimiento y la captación. Proponemos sistemas de recolección de pluviales desde los techos para reutilizar el agua

en riego, y elegir especies nativas reduce notablemente el consumo. El diseño inteligente, más que la tecnología, es lo que garantiza la sostenibilidad.

—¿Qué le dirías a un arquitecto que todavía ve el jardín como un agregado?

—Que está dejando de lado una parte esencial de la obra. Un jardín bien diseñado puede aumentar hasta un 20 % el valor de una propiedad, y su inversión ronda apenas el 10 % del total de la casa. Pero más allá de los números, el jardín da vida, movimiento y bienestar. Por eso siempre invito a incorporar al paisajista desde el momento en que se colocan los cimientos. 🌿

